

Aleksandr Afanásiev

Vasilisa
la Bella



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

VASILISA LA BELLA

ALEKSANDR AFANÁSIEV

PUBLICADO: 1860

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG**

VASILISA LA BELLA

Había una vez un comerciante que llevaba doce años casado y tenía una sola hija, Vasilisa la Bella. Cuando su madre murió, la niña tenía ocho años. En su lecho de muerte, la madre llamó a la niña, sacó una muñeca de su colcha y le dijo:

— Vasilisushka, escucha mis últimas palabras. Estoy muriendo y te dejo mi bendición y esta muñeca. Guárdala siempre contigo, pero no se la muestres a nadie y no te ocurrirá ninguna desgracia. Dale de comer y pídele consejo. Después de que haya comido, te dirá cómo evitar el mal.

Luego, la madre besó a su hija y murió.

Después de la muerte de su esposa, el comerciante lloró como debía y luego pensó en casarse de nuevo. Era un hombre apuesto y encontró muchas novias, pero le gustó más una viuda que cualquier otra. Ella ya no era joven y tenía dos hijas de aproximadamente la misma edad que Vasilisa. Así que era una ama de casa y madre experimentada. El comerciante se casó con ella, pero cometió un error, porque no era una buena madre para su propia hija.

Vasilisa era la doncella más hermosa de todo el pueblo, y la madrastra y sus hijas la envidiaban por ello. La torturaban asignándole todo el trabajo que podían, para que adelgazara y se volviera fea, y se bronceara con el viento y el sol. Y la niña llevaba una vida dura. Sin embargo, Vasilisa hacía todo su trabajo sin quejarse y siempre se volvía más hermosa y lozana, mientras que la madrastra y sus hijas, por pura maldad, se volvían más del-

gadas y feas. Pero allí se sentaban todo el día con las manos cruzadas, como damas refinadas. ¿Cómo podía ser esto?

Era la muñeca la que ayudaba a Vasilisa. Sin ella, la doncella nunca habría hecho su tarea. Vasilisa a menudo no comía nada ella misma y guardaba los bocados más sabrosos para la muñeca; y cuando por la noche todos se habían acostado, solía encerrarse en su pequeño cuarto, darle comida a la muñeca y decirle:

—Muñequita, come y escucha mi miseria. Estoy viviendo en la casa de mi padre y mi suerte es dura. Mi malvada madrastra me está torturando fuera del mundo blanco. Enséñame qué debo hacer para soportar esta vida.

Entonces, la muñeca le daba buenos consejos, la consolaba y hacía todo su trabajo de la mañana. Vasilisa debía salir a caminar, recoger flores; y todas sus camas de flores estaban listas a tiempo, todo el carbón estaba traído y las jarras de agua llevadas, y la piedra del hogar estaba caliente. Además, la muñeca le enseñaba sobre hierbas; así que, gracias a su muñeca, llevaba una vida alegre; y los años pasaban.

Vasilisa creció y todos los muchachos del pueblo la buscaban. Pero las hijas de la madrastra nadie las miraba; y la madrastra se volvía más malvada que nunca y respondía a todos sus pretendientes:

—No daré a mi hija mayor antes de dar a la mayor.

Así que alejaba a todos los pretendientes y, para mostrar lo complacida que estaba, llovía golpes sobre Vasilisa.

Un día, el comerciante tuvo que irse por negocios durante mucho tiempo; así que la madrastra, mientras tanto, se mudó a una nueva casa cerca de un denso y somnoliento bosque. En el bosque había un prado, y en el prado había una choza, y en la choza vivía Baba Yagá, que no dejaba entrar a nadie y se comía a los hombres como si fueran aves. Mientras se mudaba, la madrastra envió a su odiada hijastra al bosque, pero ella siempre regresaba perfectamente a salvo, porque la muñeca le mostraba el camino para evitar la choza de Baba Yagá.

Así que un día llegó la temporada de cosecha y la madrastra dio a las tres doncellas su tarea para la noche: una debía hacer encaje, la otra coser una media, y Vasilisa debía hilar. Cada una debía hacer una cantidad determinada. La madre apagó todos los fuegos en toda la casa y dejó solo una vela

encendida donde estaban trabajando las doncellas, y ella misma se fue a dormir. Las doncellas siguieron trabajando. La vela se consumió, y una de las hijas de la madrastra tomó las tijeras para recortar la mecha. Pero la madrastra le había dicho que apagara la luz como si fuera por accidente.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —dijeron—. No hay fuego en la casa y nuestro trabajo no está terminado. Debemos conseguir fuego de Baba Yagá.

—Puedo ver por las agujas —dijo la que estaba haciendo encaje.

—Yo tampoco voy —dijo la segunda—, porque mis agujas de tejer me dan suficiente luz. Tú debes ir a buscar algo de fuego. ¡Ve a Baba Yagá!

Y sacaron a Vasilisa de la habitación.

Y Vasilisa fue a su cuarto, puso comida y bebida ante su muñeca y dijo:

—Muñequita querida, cómelo y escucha mi queja. Me están enviando a Baba Yagá por fuego, y Baba Yagá me va a devorar.

Entonces la muñequita comió, y sus ojos brillaron como dos lámparas, y dijo:

—No temas, Vasilisushka. Haz lo que te dicen, solo llévame contigo. Mientras esté contigo, Baba Yagá no te hará daño.

Vasilisa puso la muñeca en su bolsillo, se persignó y entró temblorosa en el oscuro bosque.

De repente, un caballero a caballo pasó galopando junto a ella todo de blanco. Su capa era blanca, y su caballo y las riendas: y se hizo la luz. Siguió avanzando y de repente otro jinete pasó, que era todo rojo, y su caballo era rojo y sus ropas: y salió el sol. Vasilisa continuó durante la noche y el día siguiente. A la siguiente noche, llegó al prado donde estaba la choza de Baba Yagá. La cerca alrededor de la choza consistía en huesos humanos, y en las estacas los esqueletos brillaban con sus ojos vacíos. Y, en lugar de las puertas y la verja, había pies, y en lugar de cerrojos había manos, y en lugar de la cerradura había una boca con dientes afilados. Y Vasilisa estaba helada de miedo.

De repente, otro jinete se pavoneó en su camino. Iba todo de negro, en un caballo negro azabache, con una capa negra azabache. Saltó a la puerta y desapareció como si la tierra se lo hubiera tragado: y era de noche. Pero la

oscuridad no duró mucho, porque los ojos en todos los esqueletos en la cerca brillaban, y se hizo tan claro como el día por todo el prado.

Vasilisa temblaba de miedo, pero permaneció de pie, porque no sabía cómo escapar. De repente se escuchó un terrible ruido en el bosque, las ramas de los árboles crujieron y las hojas secas se quebraron. Y del bosque salió Baba Yagá conduciendo dentro de un mortero con el pilón, y con la escoba barría todos los rastros de sus pasos. En la puerta se detuvo, olfateó todo alrededor y gritó:

— ¡Fee, Fo, Fi, Fum, huelo la sangre de una rusa!

— ¿Quién está ahí?

Vasilisa, temblando de miedo, se acercó a ella, se inclinó hasta el suelo y dijo:

— Madre, estoy aquí. Las hijas de mi madrastra me enviaron a pedirte fuego.

— Muy bien — dijo Baba Yagá —: las conozco. Quédate conmigo, trabaja para mí y te daré fuego. De lo contrario, te devoraré.

Luego fue a la puerta y gritó:

— ¡Eh! mis fuertes cerrojos, ábranse, mi fuerte puerta, ábrete de golpe.

Y la puerta se abrió de golpe, y Baba Yagá entró silbando y zumbando, y Vasilisa la siguió.

Luego la puerta se cerró, y Baba Yagá se estiró en la habitación y dijo a Vasilisa:

— Dame lo que haya en el horno. Tengo hambre.

Así que Vasilisa encendió una astilla con los cráneos en la cerca y sacó comida del horno para Baba Yagá, y había suficiente comida allí para diez hombres. Sacó de una bodega kvas, hidromiel y vino. Baba Yagá lo comió y bebió todo. Pero todo lo que quedó para Vasilisa fue un poco de sopa, una corteza de pan y un trozo de cerdo.

Baba Yagá se acostó a dormir y dijo:

— Mañana por la mañana, cuando me vaya, debes limpiar el patio, barrer la habitación, preparar la cena, hacer la colada, ir al campo, conseguir un

cuarto de avena, cernirlo todo y asegurarte de que todo esté hecho antes de que vuelva a casa. De lo contrario, te devoraré.

Y, tan pronto como dio todas las órdenes, comenzó a roncar.

Vasilisa puso el resto de la cena frente a la muñeca y dijo:

—Muñequita, cómelo y escucha mi pena. Pesadas son las tareas que Baba Yagá me ha dado, y amenaza con devorarme si no las cumplo todas. ¡Ayúdame!

—No temas, Vasilisa, bella doncella. Come, reza y acuéstate a dormir, porque la mañana es más sabia que la noche.

Muy temprano al día siguiente, Vasilisa se despertó. Baba Yagá ya estaba levantada y miraba por la ventana. El brillo en los ojos de los cráneos se había apagado; el jinete blanco pasó a toda prisa: y amaneció. Baba Yagá salió al patio, y silbó, y el mortero, el pilón y la escoba aparecieron al instante, y el jinete rojo pasó: y salió el sol. Baba Yagá se sentó en el mortero y se fue, empujando el mortero con el pilón, y con la escoba eliminaba todos los rastro de sus pasos.

Vasilisa, dejada sola, miró la casa de Baba Yagá, se maravilló de todas las riquezas reunidas, y comenzó a considerar con qué debería empezar. Pero todo el trabajo ya estaba hecho, y la muñeca había cernido hasta la última de las espigas de avena.

—¡Oh, mi salvadora! —dijo Vasilisa—. Me has ayudado en mi gran necesidad.

—Ahora solo tienes que preparar la cena —respondió la muñeca y trepó de nuevo al bolsillo de Vasilisa—. Con la ayuda de Dios, prepárala y quédate aquí esperando tranquilamente.

Por la noche, Vasilisa puso la mesa y esperó a Baba Yagá. Llegó el crepúsculo y el jinete negro pasó: y de inmediato se hizo de noche, pero los ojos en los cráneos brillaban. Los árboles temblaron, las hojas crujió, Baba Yagá llegó y Vasilisa la recibió.

—¿Está todo hecho? —preguntó Baba Yagá.

—Sí, abuela: ¡mira! —dijo Vasilisa.

Baba Yagá miró por todas partes y estaba bastante enojada de no encontrar nada de qué quejarse y dijo:

—Muy bien.

Luego gritó:

—¡Oh, mis fieles sirvientes, amigos de mi corazón! Guarden mi avena.

Entonces aparecieron tres pares de manos, tomaron la avena y se la llevaron.

Baba Yagá cenó, y, antes de acostarse, volvió a ordenar a Vasilisa:

—Mañana haz lo mismo que hoy, pero también toma el heno que está en mi campo, límpialo de todo rastro de tierra, cada espiga. Alguien ha mezclado tierra con él por despecho.

Y, tan pronto como lo dijo, se dio vuelta hacia la pared y comenzó a roncar.

Vasilisa inmediatamente buscó a su muñeca, que comió, y dijo como el día anterior:

—Reza y acuéstate a dormir, porque la mañana es más sabia que la noche. Todo estará hecho, Vasilisushka.

A la mañana siguiente, Baba Yagá se levantó y se quedó mirando por la ventana, luego salió al patio y silbó; y el mortero, la escoba y el pilón aparecieron al instante, y el jinete rojo pasó: y salió el sol. Baba Yagá se sentó en el mortero y se fue, barriendo sus huellas como antes.

Vasilisa preparó todo con la ayuda de su muñeca. Luego, la anciana volvió, miró todo y dijo:

—¡Oh, mis fieles sirvientes, amigos de mi corazón! Háganme un poco de aceite de amapola.

Entonces aparecieron tres pares de manos, tomaron las amapolas y se las llevaron.

Baba Yagá se sentó a cenar, y Vasilisa se sentó silenciosamente frente a ella.

—¿Por qué no hablas? ¿Por qué te quedas ahí como si fueras muda? —preguntó Baba Yagá.

—No me atrevía a decir nada; pero, si puedo, me gustaría hacer algunas preguntas.

—Pregunta, pero no todas las preguntas salen bien: saber demasiado es ser demasiado viejo.

—Aun así, me gustaría preguntarte algunas cosas que vi. En mi camino hacia ti, me encontré con un jinete blanco, con una capa blanca, en un caballo blanco: ¿quién era él?

—El día brillante.

—Luego un jinete rojo, en un caballo rojo, con una capa roja, me adelantó: ¿quién era él?

—El sol rojo.

—¿Cuál es el significado del jinete negro que me adelantó cuando llegué a tu puerta, abuela?

—Esa era la noche oscura. Esos son mis fieles sirvientes.

Entonces Vasilisa pensó en los tres pares de manos y no dijo nada.

—¿Por qué no preguntas más? —preguntó Baba Yagá.

—Sé suficiente, porque tú misma dices que saber demasiado es ser demasiado viejo.

—Es bueno que solo preguntaras sobre las cosas que viste en el patio, y no sobre las cosas fuera de él, porque no me gusta que la gente cuente cuentos fuera de la escuela, y me como a todos los que son demasiado curiosos. Pero ahora te preguntaré, ¿cómo lograste hacer todo el trabajo que te di?

—¡Por la bendición de mi madre!

—Ah, entonces, vete tan rápido como puedas, hija bendita; ¡nadie bendecido puede quedarse conmigo!

Entonces Baba Yagá la sacó de la habitación y la echó hasta la puerta, tomó un cráneo con ojos ardientes de la cerca, lo puso en un palo, se lo dio y dijo:

—Ahora tienes fuego para las hijas de tu madrastra, porque por eso te enviaron aquí.

Entonces Vasilisa corrió a casa tan rápido como pudo con la luz del cráneo; y el brillo en él se apagó con el amanecer.

Por la noche del día siguiente, llegó a la casa y estaba a punto de tirar el cráneo cuando escuchó una voz hueca que salía del cráneo y decía:

—No me tires. Llévame a la casa de tu madrastra.

Y miró la casa de su madrastra y vio que no había luz en ninguna ventana, y decidió entrar con el cráneo. Fue recibida amigablemente, y las hermanas le dijeron que desde que se había ido no habían tenido fuego; no pudieron hacer ninguno; y todo lo que pedían prestado a sus vecinos se apagaba tan pronto como entraba en la habitación.

—Posiblemente tu fuego pueda arder —dijo la madrastra.

Entonces llevaron el cráneo a la habitación, y los ojos ardientes miraron a la madrastra y a las hijas y les quemaron los ojos. Dondequiera que iban, no podían escapar, porque los ojos las seguían a todas partes, y por la mañana todas estaban quemadas hasta convertirse en cenizas. Solo Vasilisa quedó viva.

Entonces Vasilisa enterró el cráneo en la tierra, cerró la casa con llave y se fue a la ciudad. Y pidió a una pobre anciana que la llevara a su casa y le diera comida hasta que su padre regresara; le dijo a la anciana:

—Madre, estar aquí sin hacer nada me hace sentir aburrida. Ve y cómprame un poco del mejor lino; me gustaría hilar.

Entonces la anciana fue y compró buen lino. Vasilisa se puso a trabajar, y el trabajo avanzó alegremente, y la madeja era tan suave y fina como un cabello, y cuando tuvo una gran cantidad de hilo, nadie se atrevió a tejerlo, así que recurrió a su muñeca, quien dijo:

—Tráeme algún peine viejo de algún lugar, algún huso viejo, alguna lanzadera vieja y algo de crin de caballo; y lo haré por ti.

Vasilisa se fue a la cama, y la muñeca en esa noche hizo un espléndido taburete de hilado; y al final del invierno todo el lino había sido tejido, y era tan fino que podía pasar como un hilo por el ojo de una aguja. Y en primavera blanquearon el lino, y Vasilisa dijo a la vieja ama:

—Ve y vende la tela, y quédate con el dinero para ti.

La anciana vio la tela y la admiró, y dijo:

—¡Oh, niña mía! Nadie excepto el Zar podría usar un lino tan fino; lo llevaré a la corte.

La anciana fue al palacio del Zar y estuvo caminando de un lado a otro frente a él.

El Zar la vio y dijo:

—¡Oh, mujer, qué quieres?

—Almighty Zar, te traigo unas maravillosas mercancías, que no mostraré a nadie excepto a ti.

El Zar ordenó que se le diera audiencia a la anciana, y tan pronto como vio el lino lo admiró mucho.

—¿Qué quieres por él? —le preguntó.

—No tiene precio, Bátyushka —dijo ella—; te lo daré como un regalo.

Y el Zar lo pensó y la despidió con ricas recompensas.

Ahora el Zar quería que se hicieran camisas con este mismo lino, pero no encontró ninguna costurera que se atreviera a hacer el trabajo. Y lo pensó mucho, y al final mandó llamar a la anciana de nuevo y le dijo:

—Si puedes hilar este lino y tejerlo, ¿quizás puedas hacer una camisa con él?

—No puedo hilar ni tejer el lino —dijo la anciana—; solo una doncella que está conmigo puede hacerlo.

—Bueno, ella puede hacer el trabajo.

Entonces la mujer fue a casa y le contó todo a Vasilisa.

—¡Sabía que tendría que hacer el trabajo! —dijo Vasilisa.

Y se encerró en su pequeño cuarto, se puso a trabajar y nunca volvió a poner sus manos en su regazo hasta que hubo cosido una docena de camisas.

La anciana llevó las camisas al Zar, y Vasilisa se lavó y peinó, se vistió y se sentó junto a la ventana, y esperó. Entonces vino un escudero del Zar, entró en la habitación y dijo:

—El Zar desea ver a la artista que le ha cosido las camisas, y quiere recompensarla con sus propias manos.

Vasilisa la Bella fue al Zar. Cuando él la vio, se enamoró profundamente de ella.

—No, bella doncella; nunca me separaré de ti. Debes ser mi esposa.

Entonces el Zar tomó a Vasilisa, con sus blancas manos, la puso junto a él y ordenó que las campanas sonaran para la boda.

El padre de Vasilisa regresó a casa y se alegró de su buena suerte y se quedó con su hija.

Vasilisa también llevó a la anciana a vivir con ella, y la muñeca siempre permaneció en su bolsillo.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB